



Seix Barral

# Virginia Woolf

## Un cuarto propio

Prólogo y traducción de Tamara Tenenbaum



**Virginia Woolf**

**Un cuarto propio**

Traducción y prólogo de Tamara Tenenbaum

---

## UNO

Pero dirán: la invitamos a hablar sobre las mujeres y la ficción, ¿qué tiene eso que ver con un cuarto propio? Intentaré explicarlo. Cuando me pidieron que hablara sobre las mujeres y la ficción, me senté a orillas de un río y empecé a preguntarme qué significaban esas palabras. Quizás se referían simplemente a algunos comentarios sobre Fanny Burney; un par más sobre Jane Austen; un tributo a las hermanas Brontë y un dibujo de la casa parroquial de Haworth cubierta de nieve; alguna cosita ingeniosa, si fuera posible, sobre la señorita Mitford; una alusión respetuosa a George Eliot; una referencia a la señora Gaskell, y el trabajo habría estado terminado. Pero pensándolo bien las palabras no resultaban tan sencillas. El título «las mujeres y la ficción» podía significar (y puede que en este contexto se use en este sentido) las mujeres y su manera de ser; o tal vez aludía a las mujeres y la ficción que ellas escriben; o podía hacer referencia a las mujeres y la ficción que se escribe sobre ellas; o podía implicar que de algún modo estas tres cosas están inextricablemente unidas y que aquí querían que yo las analizara teniendo en cuenta eso. Pero cuando comencé a considerar el asunto bajo esta

---

última luz, que parecía la más interesante, me di cuenta rápidamente de que la perspectiva tenía una desventaja fatal. Nunca lograría llegar a una conclusión. Jamás conseguiría cumplir con el que creo que es el deber principal de un conferencista: entregar, después de una hora de discurso, una gema de pura verdad que pueda guardarse en las páginas de los cuadernos y quedar de adorno en la repisa para siempre. Todo lo que podía hacer era ofrecer una opinión sobre un punto menor: una mujer debe tener dinero y un cuarto propio si quiere escribir ficción; y esto, como se ve, deja sin resolver las grandes cuestiones de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la ficción. Me he desentendido del deber de llegar a una conclusión sobre estas dos cuestiones: las mujeres y la ficción siguen siendo, en lo que a mí respecta, problemas sin solución. Para compensar, no obstante, haré lo posible por mostrar cómo llegué a esta opinión sobre el cuarto y el dinero. Desarrollaré tan completa y libremente como pueda el razonamiento que me condujo a ese pensamiento. Quizá, si expongo con sencillez las ideas y los prejuicios que se esconden detrás de esta afirmación, quedará claro que tienen alguna importancia para las mujeres y para la ficción. De todos modos, cuando un tema es controversial —y cualquier pregunta sobre sexo lo es—, una no puede aspirar a decir la verdad; solo puede mostrar cómo llegó a sostener la opinión que sea que sostiene. Una solo puede darle a la audiencia la oportunidad de sacar sus propias conclusiones, al tiempo que observan las limitaciones, los prejuicios y la idiosincrasia de la conferencista. La ficción aquí tiene más chances de contener verdad que los hechos. Es por eso que me propongo, valiéndome de todas las li-

---

bertades del novelista, contar la historia de los dos días que precedieron mi venida aquí: cómo, abrumada por el peso del tema que habían posado sobre mis hombros, lo ponderé y lo hice entrar y funcionar en mi vida diaria. Ni hace falta que diga que lo que estoy por describir no existe; Oxbridge es una invención, igual que Fernham; «yo» es solo un término conveniente para alguien que no es real. Caerán mentiras de mis labios, pero puede que haya algo de verdad mezclada en ellas; es tarea de quienes oyen buscar esta verdad y decidir si vale la pena guardarse alguna parte de ella. Si no lo vale, será arrojada entera en el cesto para dejarla en el más completo olvido.

Aquí estaba entonces yo (pueden llamarme Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael o cualquier otro nombre que les plazca; no tiene importancia), sentada a orillas de un río hace una semana o dos en un agradable día de octubre, perdida en mis pensamientos. Ese pesado collar del que he hablado, las mujeres y la ficción, la necesidad de llegar a alguna conclusión sobre un tema que inspira toda clase de prejuicios y pasiones, inclinaba mi cabeza hacia el suelo. A izquierda y derecha había una suerte de arbustos dorados y carmesí que brillaban con el color del fuego, incluso parecían arder como el fuego. Más allá, en la orilla, los sauces lloraban su lamento perpetuo, el cabello rozándoles los hombros. El río reflejaba lo que quería del cielo y el puente y el árbol en llamas, y una vez que el estudiante remó con su bote entre los reflejos, estos volvieron a cerrarse completamente, como si el muchacho nunca hubiera estado. Allí una podía sentarse a perderse en sus pensamientos por horas. El pensamiento —para darle un nombre más noble que el que

---

merecía— había hundido su caña en el río. Se balanceaba, minuto tras minuto, de aquí para allá entre los reflejos y las hierbas, dejando que el agua lo levantara y lo hundiera, hasta que llegó... ¿ya saben? ¿Ese pequeño tirón? ¿La súbita conformación de una idea en la punta de la caña, y luego el momento de sujetarla prudentemente y apoyarla con cuidado para mirarla? Qué insignificante se veía este pensamiento mío tendido en la hierba; el tipo de presa que un buen pescador vuelve a poner en el agua para que engorde y alguna vez sea digna de cocinarse y comerse. No quiero molestar con ese pensamiento ahora, aunque si miran con atención lo encontrarán por sus propios medios mientras yo hablo.

Pero, por más pequeño que fuera, dicho pensamiento tenía sin embargo la propiedad misteriosa de los de su clase; devuelto a la mente, se volvió a la vez muy excitante e importante; y mientras se abalanzaba y se hundía, y titilaba de un lado a otro, armó tal remolino y tumulto de ideas que era imposible mirarlo y permanecer quieta. Fue entonces que me vi caminando con mucha rapidez a través de un cuadrado de césped. Al instante, una figura masculina se levantó para interceptarme. Al principio no me di cuenta de que las gesticulaciones de un objeto de apariencia curiosa, vestido con un chaqué y una camisa de fiesta, se dirigían a mí. Su rostro expresaba horror e indignación. El instinto, antes que la razón, vino en mi ayuda. Él era un bedel; yo era una mujer. Esto era el césped; allí estaba el camino. Solo los *fellows* y los *scholars*<sup>1</sup> de aquella

<sup>1</sup> Jerarquías académicas del sistema británico: los *fellows*, en época de Virginia, eran miembros plenos de la universidad, profesores

---

universidad, fuera la que fuese, tenían permitido estar ahí; el lugar que me correspondía era la gravilla. Todos estos pensamientos fueron cuestión de un momento. Al verme volver al camino, los brazos del bedel bajaron y su rostro retornó al reposo usual; y aunque el césped es mejor para caminar que la gravilla, no hubo daños graves. Lo único de lo que podía acusar a los *fellows* y los *scholars* de esa universidad cualquiera era que en su afán de proteger su césped, que llevaba trecientos años siendo pisado constantemente, habían asustado a mi pecesito.

Ya no podía recordar cuál era la idea que me había hecho cometer una infracción tan audaz. El espíritu de la paz descendió como una nube desde el cielo, porque si el espíritu de la paz habita en algún lado es en los patios y jardines de Oxbridge una hermosa mañana de octubre. Paseando por esas universidades y ante esos pasillos antiguos la aspereza del presente parecía suavizarse; el cuerpo se sentía como contenido en un armario de cristal milagroso que ningún sonido podía penetrar, y la mente, libre de todo contacto con los hechos (a menos que una volviera a pisar el césped), podía dedicarse a cualquier meditación que se encontrara en armonía con el momento presente. Por una de esas casualidades, el recuerdo de un viejo ensayo sobre volver a Oxbridge durante las vacaciones de verano me hizo pensar en Charles Lamb; Saint Charles, decía Thackeray, pegándose una carta de

---

permanentes, y los *scholars* eran jóvenes becarios. Estos términos se siguen utilizando para cargos universitarios, pero no significan necesariamente lo mismo que en su época. (N. de la T.).

---

Lamb en la frente.<sup>2</sup> De hecho, entre todos los muertos (cuento mis pensamientos tal y como se me ocurrieron), Lamb es de los que más me agradan; alguien a quien me hubiera gustado decirle: «Entonces, ¿cómo escribiste tus ensayos?». Porque sus ensayos son superiores incluso a los de Max Beerbohm y toda su perfección, pensé, por ese brillo salvaje de la imaginación, ese rayo de genialidad que los parte al medio y los deja fallados e imperfectos, pero con la buena estrella de la poesía. Lamb vino a Oxbridge unos cien años atrás. Escribió un ensayo —el título se me escapa— sobre el manuscrito de un poema de Milton que vio aquí. Quizás era *Lícidas*, y Lamb escribió sobre cuán chocante le resultaba pensar en la posibilidad de que cualquier palabra de *Lícidas* fuera una distinta de la que era. Pensar en Milton cambiando las palabras de ese poema le parecía una suerte de sacrilegio. Esto me condujo a reunir mis recuerdos en torno a *Lícidas* y entretenerme adivinando qué palabra podría haber cambiado Milton, y por qué. Entonces me di cuenta de que el manuscrito que Lamb había visto estaba apenas a un par de cientos de yardas, de modo que se podía seguir las huellas de Lamb cruzando el cuadrado de césped en dirección a la famosa biblioteca que también preserva el manuscrito de *Esmond* de Thackeray. Los críticos suelen decir que *Esmond* es la novela más perfecta de Thackeray. Pero la afectación del estilo, que imita el del siglo XVIII, estorba, hasta donde me acuerdo; a menos que el estilo del siglo XVIII le fuera natural a Thackeray, cosa que podría probarse mirando el

<sup>2</sup> Charles Lamb (1775-1834) fue un ensayista y epistológrafo inglés, famoso por el tono ingenioso de sus cartas. (N. de la T.).

---

manuscrito y viendo si las alteraciones son de estilo o de sentido. Pero entonces habría que decidir qué es estilo y qué es sentido, pregunta que... pero en este punto ya me encontraba en la puerta que conduce a la biblioteca. Debo haberla abierto, porque al instante se presentó, como un ángel guardián impidiendo el paso, con el revoloteo de un ropaje negro en lugar de un par de alas blancas, un caballero con un gesto reprobatorio, plateado y amable, que en voz baja lamentó informarme que las damas solo podían ingresar a la biblioteca acompañadas por un *fellow* de la universidad o provistas de una carta de presentación.

El hecho de que una famosa biblioteca haya sido maldecida por una mujer le resulta completamente indiferente a la famosa biblioteca. Venerable y plácida, con todos sus tesoros seguros bajo llave en su seno, duerme complaciente y así lo hará, en lo que a mí respecta, por siempre y para siempre. Jamás despertaré a esos ecos ni volveré a reclamar su hospitalidad, prometí mientras bajaba los escalones llena de ira. Todavía quedaba una hora para el almuerzo, ¿y qué iba a hacer? ¿Pasear por las praderas? ¿Sentarme junto al río? Era una mañana de otoño preciosa; las hojas caían rojas, revoloteando, hacia el suelo; no era grave hacer ninguna de esas dos cosas. Pero el sonido de una música alcanzó mis oídos. El órgano se quejó majestuoso cuando pasé por la puerta de la capilla. Hasta la tristeza del cristianismo sonaba en ese aire sereno más como el recuerdo de una tristeza que como la tristeza misma; hasta los gemidos del antiguo órgano parecían arrojados en paz. Aun si hubiera tenido el derecho, no tenía ningún deseo de entrar, y en esta ocasión quizás el sacristán podría haberme detenido

---

para exigirme un certificado de bautismo o una carta de presentación del decano. Pero el exterior de estos edificios señoriales es a menudo tan bello como el interior. Por otra parte, era suficientemente entretenido ver a la congregación reunirse, entrar y salir otra vez, amontonarse en la puerta de la capilla como abejas en la boca de una colmena. Muchos llevaban birrete y toga; algunos llevaban mantos de piel sobre los hombros; otros iban en silla de ruedas; algunos, aunque no parecían superar la mediana edad, se veían arrugados y aplastados de formas tan singulares que recordaban a esos cangrejos gigantes que se arrastran con dificultad por la arena de los acuarios. Me apoyé en la pared y sentí que la universidad se-  
mejaba realmente un santuario en el que se preservaban curiosos ejemplares que pronto quedarían obsoletos si se los dejaba en la acera de la Strand librados a luchar por su propia existencia. Me vinieron a la mente historias viejas sobre decanos viejos y profesores viejos, pero antes de que lograra juntar el coraje para silbar —solía decirse de un viejo profesor que se daba al galope al oír un silbido— la venerable congregación ya había ingresado. El exterior de la capilla seguía en su lugar. Es sabido que sus altos domos y pináculos pueden verse desde lejos, como un barco que navega siempre en altamar sin llegar a ninguna parte, iluminado de noche y visible a millas de distancia, por encima de los montes. Puede suponerse que en alguna época este patio, con sus céspedes tersos, sus edificios gigantescos y esta misma capilla, fue también un pantano, donde la hierba se movía de un lado al otro y los cerdos escarbaban. Grupos de caballos y bueyes, pensé, habrán transportado las piedras en vagones

---

desde países lejanos, y luego, con un esfuerzo infinito, habrían sido colocados los bloques grises sobre los que yo estaba parada, en orden, uno encima del otro; y luego los pintores habrán traído el vidrio para las ventanas, y los albañiles se dedicaron por siglos a ese techo con la masilla y el cemento, la pala y la paleta. Cada sábado alguien debía depositar en sus antiquísimas manos oro y plata de una bolsita de cuero, con lo que seguramente pagaban la cerveza y la partida de bolos de la noche. Un flujo infinito de oro y plata, pensé, debe haber corrido hacia este patio para que las piedras siguieran llegando y los obreros trabajando —nivelando, zanjando, cavando y drenando—. Pero era el tiempo de la fe, y el dinero se derramó con generosidad para poner estas piedras en una base profunda, y cuando las piedras se levantaron, más dinero apareció de los cofres de los reyes y las reinas y los grandes nobles para asegurar que allí se cantaran los himnos y dieran clase los académicos. Se otorgaron tierras; se pagaron diezmos. Y cuando pasó el tiempo de la fe y llegó el de la razón, el flujo de oro y plata continuó; se fundaron becas, se crearon cátedras; solo que el oro y la plata ya no provenían de los cofres del rey, sino de los arcones de los mercaderes y los fabricantes, de los bolsillos de los hombres que habían hecho, digamos, sus fortunas en la industria, y en sus testamentos devolvían una parte generosa de sus ingresos para designar a más profesores, otorgar más cátedras, financiar más becas en la universidad en la que habían aprendido su oficio. De ahí que hubiera tantas bibliotecas, laboratorios, observatorios y un equipamiento espléndido compuesto por instrumentos costosos y delicados, exhibidos en estantes

---

de cristal, allí donde siglos atrás la hierba se agitaba y los cerdos escarbaban. Ciertamente, mientras paseaba alrededor del patio, los cimientos de oro y plata se veían suficientemente profundos; el pavimento se apoyaba con solidez sobre la hierba silvestre. Hombres con bandejas sobre la cabeza iban, ocupados, de escalera a escalera. Flores llamativas crecían en los canteros de las ventanas. Los sonidos estridentes del gramófono se oían a todo volumen desde las habitaciones internas. Era imposible no reflexionar sobre... pero la reflexión, cualquiera que hubiese sido, fue cortada en seco. Sonó el reloj. Era hora de almorzar.

Es curioso: los novelistas suelen hacernos creer que los almuerzos son invariablemente memorables por algo ingenioso que se dijo en ellos, o por algo muy sabio que se hizo durante su trascurso. Jamás, sin embargo, dedican siquiera una palabra a lo que se comió. Es parte de la convención del novelista no mencionar la sopa, ni el salmón, ni los patos, como si la sopa, el salmón y los patos no tuvieran ninguna importancia, como si nadie hubiera fumado un cigarro o tomado una copa de vino. Aquí, no obstante, me tomaré la libertad de desafiar esa convención y contarles que el almuerzo en esta ocasión comenzó con un lenguado, servido en una fuente honda, sobre el que el cocinero de la universidad había untado un manto de crema blanquísima, salpicada aquí y allá con manchas oscuras como las que suele haber en los flancos de una cierva. Luego llegaron las perdices, pero si esta palabra les sugiere un par de aves marrones y calvas en un plato están equivocadas. Las perdices, varias y numerosas, vinieron con todo su acompañamiento de

---

salsas y ensaladas, una picante y una dulce, en el orden correspondiente; sus papas, en rodajas finas como monedas pero no tan duras; sus coles de Bruselas, con pétalos como pimpollos de rosas pero más succulentas. Y apenas terminamos el asado y sus acompañamientos, el hombre silencioso que nos servía, probablemente el mismo bedel en ropas más sencillas, puso delante de nosotros, envuelta en servilletas, un manjar que se elevaba, todo azúcar él, desde las olas. Llamarla «pudín» y vincularla así con el arroz y la tapioca hubiera sido un insulto. Mientras tanto, las copas de vino se habían pintado de amarillo primero y de carmesí después; se habían vaciado; se habían vuelto a llenar. Y así, gradualmente, se encendió, en la mitad de la espina dorsal, que es la sede del alma, no esa luz eléctrica pequeña y dura que llamamos brillantez, cuando se prende y se apaga en nuestros labios, sino el brillo más profundo, sutil y subterráneo que es la llama cálida y amarilla del intercambio racional. No había apuro, ni necesidad de una chispa. No hacía falta ser nadie más que una misma. Todos íbamos a ir al cielo y Van Dyck era parte de la comitiva; en otras palabras, qué buena parecía la vida, qué dulces sus recompensas, qué triviales este rencor o esa pena, qué admirables la amistad y la sociedad de los semejantes cuando, prendiendo un buen cigarro, una se hundía entre los cojines de un sillón junto a la ventana.

Si por fortuna hubiera habido un cenicero a mano, si a falta de él una no hubiera tenido que arrojar la ceniza por la ventana, si las cosas hubieran sido apenas diferentes, yo no habría visto, presumiblemente, a un gato sin cola. La visión de ese animal abrupto y truncado atrave-

---

sando con suavidad el cuadrado de césped cambió, por una casualidad de la inteligencia subconsciente, la luz emocional para mí. Fue como si alguien hubiera dejado caer una sombra. Quizás el excelente vino del Rin estaba aflojando su rienda. Mientras miraba al gato manx detenerse en el medio del césped, como si él también estuviera cuestionando al universo, sentí que faltaba algo, algo parecía diferente. ¿Pero qué faltaba, qué era diferente?, me pregunté mientras oía la conversación. Y para contestar esa pregunta tuve que imaginarme fuera de esa habitación, de vuelta en el pasado, antes de la guerra, de hecho, y armar ante mis ojos el escenario de otro almuerzo celebrado en una habitación no demasiado lejos de esta pero distinta. Todo era distinto. Entre tanto, la charla continuó entre los invitados, que eran muchos y jóvenes, algunos de este sexo, otros del otro; avanzó con fluidez, con libertad, agradable y entretenida. Y mientras sucedía, la contrasté con esa otra conversación, y al combinarlas tuve la certeza de que una era la descendiente, la heredera legítima de la otra. Nada había cambiado; nada era diferente, salvo que en esta escuchaba con toda mi atención, no lo que se decía, sino el murmullo o la corriente detrás. Sí, era eso: ese era el cambio. Antes de la guerra, en un almuerzo como este, la gente hubiera dicho las mismas cosas, pero habrían sonado distintas, porque en esa época las acompañaba una especie de tarareo no articulado pero musical que cambiaba el valor mismo de las palabras. ¿Podría una poner en palabras ese canturreo? Tal vez con la ayuda de los poetas. Había un libro junto a mí y, al abrirlo, llegué por casualidad a Tennyson. Y resulta que Tennyson cantaba:

---

*Ha caído una lágrima espléndida  
De la pasionaria de la puerta.  
Está llegando mi paloma, mi querida;  
Está llegando mi vida, mi destino;  
La rosa roja llora «Está cerca, está cerca»;  
Y la blanca solloza «Llega tarde»;  
La espuela de caballero escucha «Oigo, oigo»,  
Y el lirio susurra «Espero».*

¿Qué tarareaban los hombres en los almuerzos antes de la guerra? ¿Y las mujeres?

*Mi corazón es como un pájaro que canta  
Cuyo nido se halla en un brote húmedo;  
Mi corazón es como un manzano  
Cuyas ramas se doblan de frutas apiñadas,  
Mi corazón es como un caracol arcoíris  
Que chapotea en un mar apacible;  
Mi corazón es más feliz que todo esto  
Porque mi amor ha venido a buscarme.*

¿Es esto lo que las mujeres canturreaban antes de la guerra?

Era tan ridículo imaginar a las personas canturreando estas cosas, aunque más no fuera para sus adentros, en los almuerzos previos a la guerra que me eché a reír, y tuve que explicar mi risa señalando al gato manx, que tenía un aspecto un poco absurdo, pobre bestia, sin cola, parado en el medio del césped. ¿Había nacido así, o habría perdido su cola en un accidente? El gato sin cola, aunque dicen que hay algunos en la Isla de Man, es más exótico

---

de lo que suele creerse. Es un animal extraño, pintoresco más que hermoso. Es curioso cuánta diferencia hace una cola; la clase de cosas que una dice cuando un almuerzo se termina y la gente busca sus abrigos y sombreros.

En este caso, gracias a la hospitalidad del anfitrión, la comida se había extendido hasta bien entrada la tarde. El bello día de octubre se desvanecía y las hojas caían de los árboles a lo largo de la avenida por la que yo andaba. Las puertas se cerraban detrás de mí, una tras otra, con un carácter amable y final. Infinitos bedeles introducían infinitas llaves en cerraduras aceitadas; la casa del tesoro se resguardaba una noche más. Después de la avenida, una se encuentra con una calle —su nombre se me olvida— que conduce, si se toma el giro correcto, hacia Fernham. Pero había tiempo de sobra. La cena no se serviría hasta las siete y media. Una casi podía saltarse la cena después de semejante almuerzo. Es raro cómo un retazo de poesía obra en la mente y hace que las piernas se muevan a su ritmo por el camino. Esas palabras:

*Ha caído una lágrima espléndida  
De la pasionaria de la puerta  
Está llegando, mi paloma, mi querida,*

cantaban en mi mente mientras me apresuraba hacia Headingley. Y luego, pasando al otro compás, canté, donde las aguas se agitan contra el embalse:

*Mi corazón es como un pájaro que canta  
Cuyo nido se halla en un brote húmedo;  
Mi corazón es como un manzano...*

---

¡Qué poetas —grité en voz alta, como se hace en la oscuridad—, qué poetas eran!

En una suerte de ataque de celos, supongo, por nuestra propia época, aunque estas comparaciones sean tontas y absurdas, empecé a preguntarme si alguien podía con honestidad nombrar a dos poetas vivos tan grandes como Tennyson y Christina Rossetti habían sido en su tiempo. Por supuesto que es imposible compararlos, pensé mirando esas aguas espumosas. La razón por la que la poesía incita a ese abandono, a ese arrebatado, es precisamente porque celebra una emoción que una solía tener (en los almuerzos de antes de la guerra, quizás), de modo que una responde fácilmente, con familiaridad, sin complicarse intentando entender la emoción o comparándola con alguna que tenga ahora. Pero los poetas vivos expresan un sentimiento que se nos está formando y arrancando en este momento. No lo reconocemos a primera vista; a menudo, por alguna razón, le tememos; lo miramos con ansiedad y lo comparamos, celosa y sospechosamente, con esa otra emoción que sí conocemos. Por eso es tan difícil la poesía moderna; y es por esta dificultad que no podemos recordar más que dos líneas consecutivas de cualquier buen poeta moderno. Por esta razón —porque me falló la memoria— es que mi argumentación fracasó por falta de material. ¿Pero por qué —seguí pensando, en mi marcha hacia Headingley— dejamos de tararear para nuestros adentros en los almuerzos? ¿Por qué Alfred ya no canta

*Está llegando mi paloma, mi querida?*